

Dijo: Eres un cielo.

Respondió: Pues súbete a mi nube.

A veces paseo cerca de su castillo, en primavera el jazmín asoma por sus murallas y detrás, los amplios ventanales que iluminaban las estancias me dejan pasar a través del recuerdo y sentir como entonces la alegría en cada rincón, los detalles que le hacían acogedor y la vida que allí se respiraba, pero todo fue alejándose poco a poco, quedó un silencio eterno, hueco y despiadado.

Su porte delicado, sencillo y natural. No hubo coronas de oro ni piedras preciosas, tan solo seda alrededor de su cuello, esa era la joya más preciada para ella. Mi princesa vivía rodeada de sus damas a las que amaba y que protegía de sus inquietudes y desvelos.

Cuando las puertas del castillo se abrieron por primera vez su cetro había cambiado de posición, a pesar de dirigir en lo cotidiano su mano combatía contra la gravedad que lo llamaba, y dignamente luchaba contra ella.

El enemigo se acercaba silente pero rápido, comenzaban las batallas. Planeamos izar el pendón clamando retroceder, que acampase en ese mismo instante hasta que al menos pudiésemos encontrar armas para pelear. Mientras llegaba ese momento sus molestias era aliviadas, su tristeza consolada, la invención de sueños y quimeras era constante para albergar esperanzas y sentimiento de fortaleza, pero no había antídoto ni remedio para su pena ni su rebeldía frente a todo lo que la emocionaba.

Él la postro en un lecho sin dosel, la torturaba dejando caer sus brazos y piernas delicadamente por la suaves sábanas de hilo. La princesa decidió aislarse en su fortaleza y esperar. Comenzó a atormentarse y permanecer sentada en un trono que no había elegido, que la mantenía atada, incapaz de liberarse.

Los frentes se multiplicaban de un día para otro, avanzaban y mermaban las estrategias de defensa.

En aquel tiempo eran pocos los elegidos del reino que podían acceder a ella y después de un largo invierno, oscuro, frío y húmedo solicite ser recibida. Portaba una flor entre mis manos y ansiosa esperaba. El corto trayecto se hacia eterno y desde el quicio de la puerta la vi tan hermosa que la emoción nos derrotó, un llanto sordo como jamás había escuchado invadió la estancia, las doncellas sumisas secaban las lágrimas y calmaban los ánimos de mi señora.

El cetro no estaba a su lado, la presencia del enemigo se hacia notar queriendo ganar su vida. No le iba a resultar fácil, el amor incondicional hacía de escudo frente a